

capítulos: Introducción, Raíces del Budismo, Su inicial desarrollo histórico, Budismo moderno, El Budismo y los desafíos del mundo actual, El Budismo en el siglo XXI.

Dentro de la brevedad que exige el planteamiento divulgativo de la colección, el texto suministra una visión del Budismo razonablemente completa.

No se hacen juicios de valor, y la obra se mantiene a un nivel descriptivo, que deja traslucir, sin embargo, la simpatía con la que el autor percibe y siente el fenómeno budista. Es éste uno de los hechos espirituales humanos más interesantes y atractivos de la historia, y ha suscitado notable curiosidad en Occidente a lo largo del siglo XX. El Budismo ha inspirado pautas y vías para la exploración del espíritu, y sugerido asuntos de valor diverso en el campo de la creación literaria. Tal vez este libro trasmite del Budismo una visión demasiado idealizada y abstracta.

La bibliografía que se recoge en las páginas finales es interesante, pero incompleta. Se echan de menos obras capitales para conocer el Budismo, como las de Alexandra David-Neel, L. Austine Waddell, Edward Conze, y Donald S. López Jr.

José Morales

René LAURENTIN, *La Trinité mystère et lumière. Dieu est Amour, Relation, Société*, Arthème Fayard, Paris 1999, 617 pp., 15,3 x 23,4, ISBN 2-213-6462-2.

Nos encontramos ante un extenso tratado sobre el misterio de Dios, escrito por el conocido mariólogo francés, cuando se encuentra ya en posesión de una larga experiencia teológica y literaria. Como tratado teológico, el libro es

convergente con el resto de los importantes tratados sobre Dios uno y trino que están viendo la luz en estos últimos años; como libro de un experto mariólogo, contiene un interesante y extenso epílogo dedicado a María y la Trinidad (pp. 524-566). El subtítulo del libro — Dios es amor, relación, sociedad— indica que el Autor escribe el tratado desde una perspectiva muy cercana a la de Ricardo de San Víctor, es decir, poniendo como fundamento de la teología trinitaria la consideración de la naturaleza dialógica del amor. Puede decirse que el objetivo del libro es ayudar a descubrir que «Dios es Amor y, por lo tanto, Relación entre tres Personas, y cómo la relación de amor entre estas personas es la más perfecta que existe» (p. 28).

El libro está dividido en cuatro partes, siguiendo el orden y los temas usuales en la actualidad. La primera parte (pp. 33-141) está dedicada a la revelación que Dios hace de sí mismo, desde la primigenia y fundamental del Dios trascendente en el Sinaí, hasta la revelación de Jesús, Palabra de Dios, en el Evangelio, y los ecos que encuentra en el resto de la Escritura inspirada, sobre todo, en San Juan y San Pablo. Lógicamente toda esta parte converge hacia Cristo, hacia su procedencia del Padre, hacia su filiación, sobre cuya revelación descansa la revelación del misterio trinitario.

La segunda parte está dedicada a la Trinidad en la Tradición. Los temas y los capítulos son también los lógicos en este tipo de tratados. Es una parte muy extensa (pp. 147-367), en la que el lector encuentra una buena información sobre los diversos asuntos históricos, con cuestiones que resulta difícil de encontrar reunidas en un mismo libro. Conviene destacar el capítulo con el que se inicia esta parte: *liturgia y ora-*

ción. Sin que ofrezca datos sorprendentemente nuevos, sí ofrece una presentación elocuente de cómo la primera fe trinitaria se manifiesta antes que nada en la vida de la comunidad y, especialmente, en su vida litúrgica. También se destaca el cuidado y la extensión con que trata los principales puntos de fricción entre occidentales y orientales: el concepto de hypóstasis, el *Filioque* y la epiclesis. Llama también la atención prestada a las cuestiones en torno a Dios desde el siglo XVII hasta nuestros días.

La parte tercera (pp. 369-463) recoge las cuestiones que se suelen tratar en la parte especulativa, centrandose su pensamiento, como ya se ha dicho, en la categoría relación. R. Laurentin sabe que esto es un gran acierto, acorde con la teología tomista, que define a las personas divinas como relaciones subsistente; sabe también que esto encierra un gran peligro: el del relativismo. Sabe, finalmente, que esto entraña una dificultad: la del lenguaje, es decir, cómo expresarlo. Y se esfuerza por encontrar formulaciones nuevas. Baste citar como ejemplo de su estilo literario y teológico este párrafo, tomado del apartado que titula «La única esencia es relación» (p. 404). En principio la formulación usada en este apartado parece contradictoria, pues lo que es relación son las personas, no la esencia. Pero es necesario tener presente que las personas se identifican con la esencia divina. He aquí cómo formula la respuesta. «Pero ¿qué es esta esencia, naturaleza o sustancia que les es común? ¿Cuáles son los rasgos de esta “esencia”, ya que esta palabra designa lo que define el contenido de la existencia? Y bien, esta esencia no es como la nuestra, una estructura biológica diferenciada, que nos constituye como animal racional. Ella es infinitamente simple, infinitamente densa, como todo en Dios, que es Amor: Dios es

Amor (1 Jn 4, 8 y 16). La esencia divina, en última instancia, es la relación de amor constitutiva de Dios. Su esencia no es algo de donde nacen las Personas o que produciría el amor, sino que es el Amor mismo según 1 Jn 4, 8 y 16. Y para evitar el relativismo que podría sugerir esta fórmula, se dirá, partiendo de las Personas: Dios, es el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, tres Personas que no son más que relación de amor y que constituyen, por este amor que es su vida, la unidad divina». Las frases prosiguen en el mismo sentido, corrigiendo la una a la otra en una búsqueda de expresiones correctas y, al mismo tiempo, cercanas al lector. Esta parte concluye con un epílogo en el que se trata de la Parusía y su relación «con la historia de amor entre las tres divinas Personas». Se trata de páginas muy sugerentes, sobre todo, las dedicadas al Espíritu Santo.

La cuarta parte (pp. 475-522) está trata de nuestra relación vital con la Trinidad. Se estudia aquí la inhabitación en el alma del justo, la dimensión trinitaria de los sacramentos y el misterio trinitario como clave para meditar en los problemas principales de la filosofía, es decir, los problemas de la relación entre lo uno y lo múltiple y del amor como categoría suprema. Se trata de temas presentes en los actuales tratados sobre Dios, que ofrecen soluciones parecidas, pero que el lector encuentra aquí escritos con el personalísimo estilo de Laurentin, en esa lucha por mantenerse fiel al pensamiento clásico y, al mismo tiempo, con un lenguaje accesible.

Las páginas dedicadas a Santa María resumen bastante bien el pensamiento mariológico de Laurentin, y sus puntualizaciones muestran al experto en pastoral mariana. Así se ve, p.e., en la advertencia de que la Virgen es Madre de Dios, pero no se puede decir que sea

Madre de la Trinidad (p. 537), o en la forma hermosa en que trata la relación diferenciada de Santa María a cada una de las tres divinas Personas.

A pesar del esfuerzo que hace el Autor por acercar los problemas teológicos al lector, en algunas ocasiones, muy pocas, uno agradecería una precisión mayor. Así sucede, p.e., en el apartado que titula «kénose du Père?», en el que el lector desearía una cita concreta de los autores que se critica (pp. 432-433). «Yo no entiendo, escribe, lo que desarrollan de manera sutil y no sin belleza, grandes teólogos entre los que se encuentran Balthasar y Rahner, que ven en la primera procesión, a imagen de una generación humana en la que la madre pierde lo que da al mundo, una kénosis del Padre, es decir, una pérdida, una hemorragia, es decir, una especie de entrega que le vaciaría de sí mismo». Uno desearía alguna referencia bibliográfica, para asegurarse de este tema consultando las palabras textuales de estos autores, sobre todo, de Balthasar y Rahner, en los que es posible que no se encuentre una concepción de la «kénosis del Padre» tan simple como la que se expone aquí.

Dios es Amor y fuente de todo Amor. En este libro, René Laurentin ha intentado mostrar lo que la Revelación y la Teología dicen de su íntimo misterio, y cómo esto nos afecta directamente. Y hay que decir que, dentro de los límites de lo humano, lo ha conseguido en gran medida.

Lucas F. Mateo-Seco

Michel LEPLAY, *Le protestantisme et Marie*, Labor et Fides, Genève 2000, 114 pp., 12,5 x 17, ISBN 2-8309-0997-6.

Se trata de un escrito de divulgación de la perspectiva protestante sobre María.

Su autor es pastor de la Iglesia Reformada, y miembro del Grupo Ecuménico des Dombes. Resume puntualmente las posiciones católica y protestante en torno a la mariología. En su opinión, la Iglesia católica ha aceptado una amplificación dogmática relativa a María Virgen, con una traducción pastoral y devocional, que podría calificarse de maximalista. Es verdad que el Conc. Vaticano II ha sido sensible a esta cuestión. Por reacción, el protestantismo históricamente ha silenciado indebidamente a María, cayendo en el olvido el contenido evangélico de su figura. Habría, pues, que recentrar la doctrina y la práctica pastoral de ambas confesiones cristianas.

El contenido se articula en 5 capítulos. El primero repasa la manera en que los Reformadores hablaron de María, con mayor alcance que el que posteriormente le ha concedido la teología protestante. En un segundo momento, el autor visita las páginas evangélicas relativas a la Madre del Señor. En tercer lugar, examina lo que denomina las «exageraciones mariológicas» católicas, y se detiene especialmente en las cuestiones controvertidas entre católicos y protestantes: la cooperación salvífica de María; la virginidad; los dos dogmas de la Inmaculada Concepción y de la Asunción; y finalmente la invocación a María.

El libro es interesante como resumen breve de la idea mariológica protestante; marca las diferencias, e insinúa el trasfondo general del problema, esto es, la afirmación protestante del «Deus solus» que impide cualquier consideración sobre la cooperación activa del hombre a la salvación. Ahora bien, como señalaba ya hace años M. Schmaus, este presupuesto no es bíblico; es una tesis de «teología natural» que no podrá resolverse desde las páginas bíblicas, es decir, desde la «sola Scriptura», pues